

Del mundo y sus reflejos

Sobre la obra pictórica de Octavio Rivero

Myrna Soto

La pintura ha ofrecido a Octavio Rivero Serrano una nueva posibilidad de creación y de vida como prolongación y consecuencia de su rica actividad científica. En las siguientes nota y entrevista se comenta y nos participa de esa expresión artística.



Alacena con canasto, servilleta y cazo de cobre

Está comprobado que aquellos intelectuales que trabajan en el campo de las ciencias naturales y de las ciencias exactas, por el hecho de vivir en un universo estrictamente científico y tecnológico, buscan una armonía emocional y espiritual a través de una intensa dedicación al disfrute de las manifestaciones artísticas. Pese a ello, no es tan frecuente que del ámbito científico surjan intelectuales que posean esa clase de intelecto intuitivo y conciencia reflexiva respecto de los fenómenos estéticos que se requieren para adquirir una competencia en la expresión de los lenguajes artísticos. Sin embargo, este es el caso de Octavio Rivero Serrano, uno de nuestros más eminentes universitarios, científico y humanista, cuya larga y prestigiosa trayectoria es por todos conocida y respetada, y que ahora, con esta importante exposición, nos revela otra faceta más de su labor intelectual, su actividad artística que había mantenido un tanto reservada.

Al contemplar esta obra no podemos dejar de reconsiderar otro aspecto más de los que atañen a los ignotos e imbricados procesos que conducen a la creación: cómo la mirada especulativa que el científico tiene sobre su entorno natural se convierte en la mirada contemplativa del artista que le impone una dimensión estética a la realidad en que se halla inmerso.

Se antoja pensar que esa permeable frontera entre la imaginación científica y la imaginación artística se anula bajo un impulso compartido hacia la búsqueda del conocimiento —aunque éste se dirija hacia diferentes aspectos de la realidad— y que asimismo subyazga en ambas ese mismo placer por la experimentación lúdica, propia de todo ejercicio intelectual.

Dos son las tendencias estilísticas y conceptuales más representativas que Octavio Rivero ha elegido para su quehacer artístico: la figuración y la abstracción. La primera se desprende de la gran tradición sustentada en el concepto aristotélico de la *mimesis*, que ha dado pie a tantas y tan diversas interpretaciones y sistemas figurativos, pero todos, bajo el propósito común de imitar el aspecto visible del mundo natural. Contrapuesto a este código figurativo se nos muestra otra serie pictórica en la que el artista utiliza uno de los lenguajes derivados del expresionismo abstracto que le sirve para construir imágenes en las cuales rechaza la materialidad del objeto, configurando una atmósfera saturada de tensiones cromáticas que producen el efecto de una dimensión propia de la subjetividad.

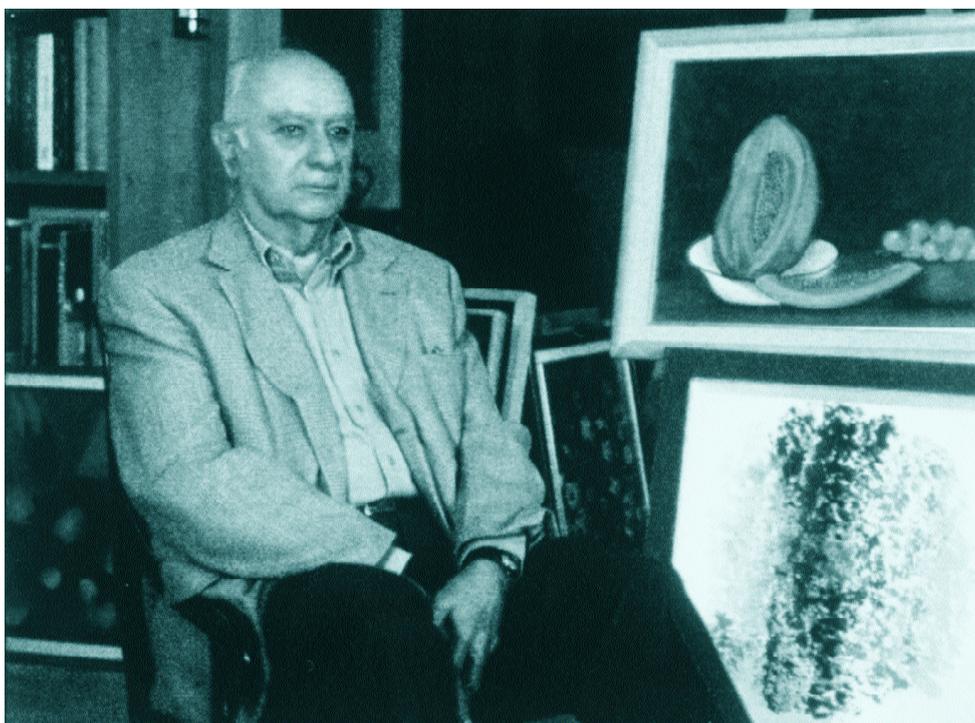
Por medio del lenguaje figurativo, Octavio Rivero realiza una espléndida serie —en óleo, pastel y técnicas mixtas— dedicada a los bodegones. Es difícil pensar que en este proceso no haya sido determinante —en algunas de sus elecciones temáticas y expresivas— la gran tradición culta y popular de su lugar natal: la Puebla de los Ángeles.

El género del bodegón tiene un antiguo linaje, lo han abordado casi todos los pintores del pasado y del presente desde muy diversas perspectivas. Algunos, como Cézanne o Morandi, abstrayendo del modelo natural sus valores plásticos más esenciales en provecho de una recia estructura compositiva. Otros, dentro de lo que se ha clasificado como *Vanitas*, a través de alegorías de carácter religioso-moral, alertan sobre la transitoriedad de la vida y la fatal corrupción de la muerte. Y los más, entre los que se encuentra Octavio Rivero, buscan hacer perdurable el lado amable de la vida, respetando el carácter con que surgió el “bodegón” como un género pictórico autónomo en el siglo XVII. Género que, además ha

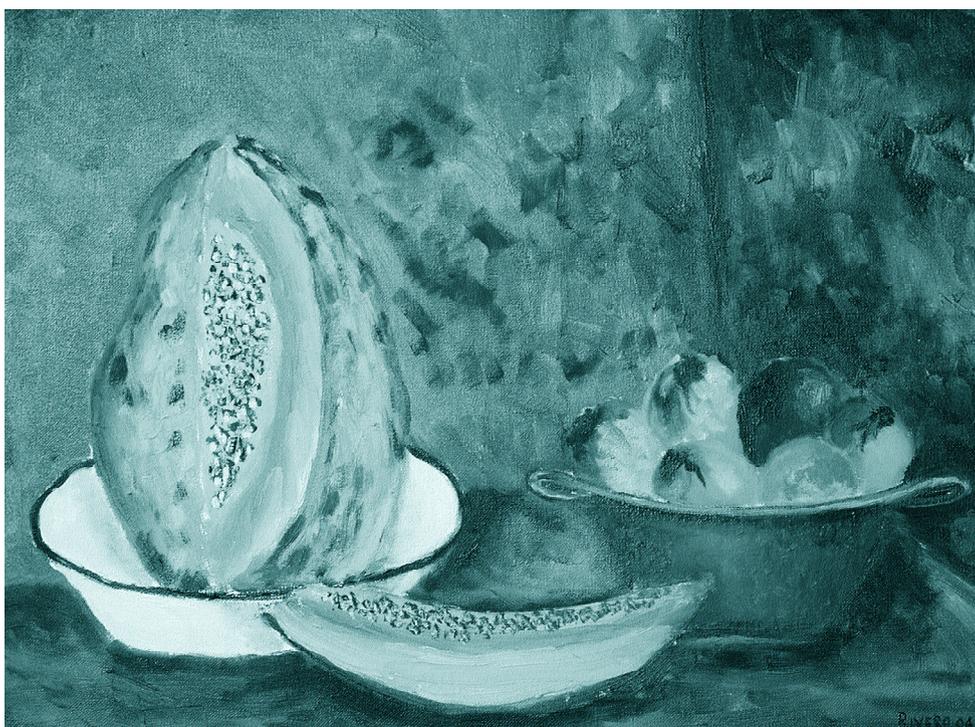
servido para conocer las mentalidades de determinadas épocas y culturas, tal como nos refleja en su obra a la sociedad poblana del siglo XIX el gran Agustín Arrieta.

Dentro de esta línea, Octavio Rivero, a través de un lenguaje espontáneo y directo de gran expresividad, nos ofrece un testimonio visual de ese rostro festivo de la Puebla de los Ángeles, de esa sociedad golosa que ha hecho de sus hábitos y prácticas cotidianas un rito celebratorio de la vida. Sus bodegones capturan fragmentos de esa vida doméstica que transcurre con sosiego: la co-

cina, la alacena, la mesa bien abastecida de sabrosas viandas, con guisos olorosos, panes, dulces y frutos saturados de aromas y colores que preanuncian el deleite. Enseres y cacharros que incitan la palpitación de la mirada: anchas cazuelas, esbeltos lebrillos de barro rojo, tersos jarrones de talavera poblana, anafres, jarros atoleros, cucharas de madera de madroño, molcajetes, etcétera. Unos, dispuestos en un severo orden compositivo de tal modo que las formas muestran toda su simplicidad y pureza; otros, en cambio, se agrupan más libremente en una



Octavio Rivero Serrano



Papaya con plato y frutas

exuberante convivencia, y algunos más —continuando con una tradición del género— introducen entre esos manjares un ave viva: una deslumbrante guacamaya. Y así, el artista, a través de una visión gozosa del mundo inducida por medio de un sincretismo de los placeres sensoriales, introduce al espectador en un universo de sensaciones y asociaciones que sólo un texto artístico es capaz de evocar.

La serie pictórica —realizada con acrílico sobre madera— procede de la influencia que dejaron las vanguardias artísticas surgidas en Europa y en los Estados Unidos entre 1945 y 1970 abriendo rutas inéditas al desarrollo del arte, que aún ahora son emuladas, interpretadas y enriquecidas, como vemos actualmente en ésta y otras exposiciones. Esta tendencia en la obra de Octavio Rive ro se puede inscribir dentro de una de ellas: el expresionismo abstracto o *L'art informel* (como lo denominó el crítico francés Michel Tapié en

1952) que engloba un amplísimo espectro de expresiones formales y conceptuales —incluso contrapuestas entre sí— que abrieron fecundos caminos a la imaginación creativa como reacción a las vanguardias anteriores (constructivismo, cubismo, etcétera) que habían puesto su énfasis en la racionalidad.

En una de estas obras informalistas —*Abstracto en azul*— Octavio Serrano, guiado por su sensibilidad hacia los valores cromáticos, por medio de delicadas veladuras, instaura un espacio dinámico que se va expandiendo hacia los bordes del cuadro; en otras, en cambio, anula incluso toda referencia espacial y bajo una atemperada influencia del automatismo surrealista —pero sin llegar a la “pintura gestual” — se sirve de recias texturas que hacen que el efecto de la luz produzca en la imagen una sensación contradictoria de cambio y permanencia, como en la obra que lleva por título *Abstracto en rojo y azul*.

En este tipo de obras, el artista hace que desaparezca toda referencia figurativa al mundo que con tan amoroso cuidado construyó en su serie pictórica anterior. Aquí, independientemente de la belleza formal que la obra transmite, se propone crear una imagen aleatoria, es decir, carente de un propósito deliberado por comunicar determinados sentidos al espectador, pero que, sin embargo, conlleva el intento de actuar como un estímulo que provoque en quien la contemple las interpretaciones y asociaciones que cada quien es libre de extraer a partir de su propia experiencia y competencia.

Esta magnífica exposición de Octavio Rive ro nos transporta de lo “eternamente objetivo a lo temporalmente subjetivo” como diría Kandinsky, mostrándonos, una vez más, que todos los caminos que exploran la imaginación creadora conducen a darle nuevo sentido al mundo sensible y cognoscible. ■



Alacena